

cuales miran á derecha é izquierda con movimientos de gatas. ¡Pardiez! Si pudiera pasar un hijo de rey... no hay joven parisiense que no sueñe en casarse con un príncipe. Donde quiera que se hallen sueñan y esperan. ¿Qué diablos ha de interesarles la Exposición? Ni siquiera piensan en ella. Han visto á los negros y á los árabes de la explanada, á los anamitas, que parecen mujeres, á los javaneses de color de azafrán y cargados de oro; han atravesado la galería de las máquinas, visto algunos trajes espléndidos en una rotonda y envidiado algunas joyas; lo demás les es indiferente, y en esto ocúpese quien quiera.

Esto se acaba: la tarde declina y las músicas suspenden su armonía. Todos los que visitaban los palacios y las galerías refluyen hacia el jardín central y el vestíbulo de la escultura.

Son las seis y media y las idas y venidas producen un movimiento y confusión de hormiguero. Algunas jóvenes americanas contemplan sin espanto ninguno las estatuas menos vestidas. No puede decirse, á buen seguro, que hayan visto muchas otras, pero el arte no tiene para ellas misterios.

Dos operarios se detienen ante el *Mirabeau* contestando á *M. de Dreux-Brézé*, famoso bajo-relieve de Dalou.

— ¿Hay gente dentro?

— Tiene aspecto de enojo ese de la cara grande.

— Ha de ser Dantón. ¿Sabes el asunto?

— No, á fe, pero con toda evidencia pasa ahí algo grave.

¡Y se dice luego que la historia de la revolución es popular en Francia!..

Aparece un abate preceptor, que ha llevado al niño Bob á la galería de las máquinas y teme llegar tarde á la comida.

Por su parte, el niño Bob quisiera detenerse un rato en las esculturas.

Pero el bueno del abate lo importuna con sus amonestaciones.

— Vamos, Bob, le dice, vamos pronto, pues luego no encontraremos carruaje.

— En hora buena, señor abate; iremos á pie. Siempre decís que es bueno hacer economías.

— Sí, pero no es esta la oportunidad de aplicar la máxima.

— En hora buena, señor abate.

— No miréis esas estatuas, Bob.

— Pero señor abate, ¿se hace algo malo con mirar estas estatuas?

— No es conveniente mirarlas.

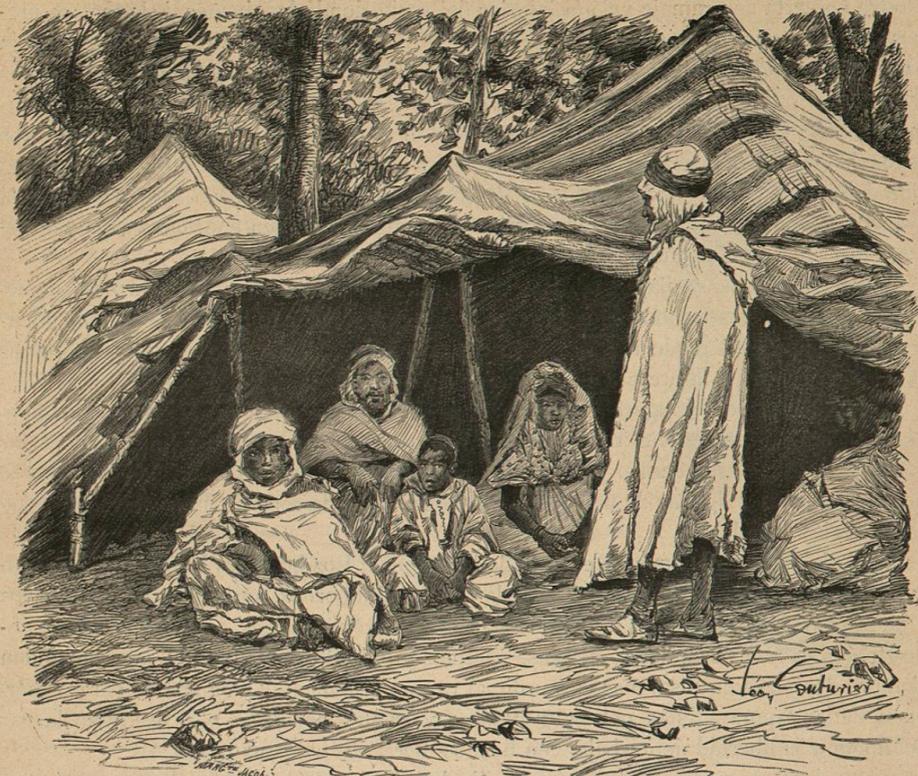
— Por ventura ¿creéis que debían ponérseles enaguas?

— No seáis ridículo, Bob.

— En hora buena; puesto que no queréis que las mire, le diré á mi papá que me traiga él aquí. Él no hará tantos aspavientos...

Y allá abajo, á la salida, Jorge Sand estupefacta en su asiento de mármol, sonrío vagamente con una sonrisa que parece cernerse sobre aquella cacofonía de pueblos, de edades, de situaciones, de convicciones y codicias.

Luis de MEURVILLE.



Tienda de árabes nómadas

KÁBILAS Y ÁRABES

Cuando se entra en la explanada de los Inválidos por la puerta del muelle de Orsay, procediendo de la plaza de la Concordia, se ve desde luego á través de los árboles la blanca silueta de un minarete, cuya cuadrada masa resplandece al sol. Luego se rodea la estación del ferrocarril de Decauville, y á la derecha se deja un campamento de árabes del desierto, de tiendas irregulares, amplias y bajas, lonas rayadas de rojo oscuro y negro, tendidas sobre desiguales estacas.

Allá abajo resuena una música extraña, agria y doliente. Sigamos adelante. ¿Qué construcción es esa, ruda, primitiva, negruzca, cuyo caballete parece vacilante? Es la reproducción de una ladronera sin duda. Pero no, no es tan fatídico el lugar; es una sencilla casa de kábilas de los alrededores del Fuerte Nacional. ¿Qué digo? Un lugarejo entero se ofrece á nuestra vista, luego que se pasa la primera puerta.

Figuraos una plaza interior, trazada por casuchos de barro de aspecto ruinoso, con sus puertas estrechas, desplomadas, y su piso equilibrado Dios sabe cómo, sobre troncos de árbol mal escuadrados.

¡Ah! ¡cuán misteriosos son estos kábilas y qué bien saben ocultar su vida! Una cla-

raboya cubierta con ramaje vela el interior del patio, donde los dueños de la casa se preservan de las miradas curiosas ó impertinentes. A la derecha ó á la izquierda se abre la habitación, dividida en dos piezas, con una sola puerta y ninguna ventana. Una de estas piezas es el punto de reunión y de trabajo interior, el aposento del oficio, de las herramientas, de los utensilios, y por donde pasan, al anochecer, las ovejas, los perros, los asnos, los mulos, las vacas para encerrarse en el establo contiguo; la otra pieza guarnecida de banquetas de madera ó poyos de albañilería, viene á ser el dormitorio. En el granero se conservan las provisiones, principalmente el trigo, en enormes vasijas de barro, fabricadas por las mujeres y cocidas al sol.

Parece que estas vasijas se fabrican de este modo: una de las mujeres se pone en medio de la arcilla fresca y modela el interior de la obra, quedando encerrada en ella, mientras sus compañeras modelan á su vez el vaso por fuera. Una vez terminada la obra, sacan de su encierro á la presa y se ocupan en poner la vasija al sol.

Quien busque en el lugarejo de los kábilas de la Exposición extrañezas y curiosidades, perderá seguramente el tiempo. No hay un mueble que no sea rudimentario: cajas vacías sirven de desembarazo y de camas algunas esteras. La tierra apisonada forma el piso, y en cuerdas ligadas de una á otra pared se cuelga la ropa de uso y se tiende á secar la recién lavada.

¿Sabéis de qué se compone el traje de los kábilas? Los hombres llevan una larga camisa, especie de túnica, que les pasa de la rodilla, el albornoz, amplios calzones blancos y un gorro de lana roja. Las mujeres llevan un cinturón de largos cabos, un pañicelo rodeado á la cabeza, brazaletes, ajorcas, zarcillos y broches. Hombres y mujeres andan siempre descalzos en casa; mas para salir al campo se ponen las sandalias para preservarse de las espinas. Estas pobres gentes se contentan con poco: sólo necesitan la paz del hogar y la libertad del trabajo, con buenos mercados para sus productos.



Arabe de las tiendas

No los miréis de muy cerca; no son malos, pero sí muy suspicaces y desconfiados. El otro día quiso un curioso ver á una tejedora, que trabajaba medio velada tras la cortina de hebras de su tela; indignóse de la audacia su hija menor y se desató en injurias contra el impertinente en su lengua gutural. Sólo por codicia, por amor del dinero sufren nuestras visitas, y así nada omiten por sacar partido del público. Sus hijos, que son numerosos, acurrucados á la puerta de la casa, con una escudilla en la mano, piden limosna á todas horas. ¡*Baghchisch!* ¡*Baghchisch!* es la única palabra que cae asiduamente de sus labios; pero le dan entonaciones tan variadas como penetrantes. El *baghchisch* se impone por todas partes y á cada momento. ¿Queréis ver al herrero batir el hierro, al tejedor tramar su tela, al escultor labrar la madera, al joyero grabar arabescos en el metal ó calar filigranas? Pagad, si quiera sea poco, el permiso que se os ofrece.

Después de todo, el espectáculo tiene su interés. Y luego, no se ha venido de la kabilia, según creo, sólo por trabar amistad gratuita con los parisienses. Dos familias completas y cinco ó seis operarios habitan el lugarejo de la explanada. Los operarios están á las órdenes de Aresky, artesano tam-

bién y de los más hábiles. Los dos jefes de familia son Said-Ulalá y Mohammed-el-Bachir, dos hombrachones fuertes, curtidos, taciturnos y buenos comerciantes, si los hay.

Pero me olvidaba de referir el acontecimiento que ha hecho célebre en la explanada á Mohammed: nada más trivial, después de todo.

Mohammed-el-Bachir tiene una mujer de diez y ocho años, dotada, según dicen, de una belleza especial. Hacía muchos meses que esta mujer venía padeciendo una enfermedad de término fijo, que se caracteriza por la esperanza de un heredero. Y he aquí que el 12 de junio, se acostó la hermosa en una estera, porque la hora feliz se acercaba, y se conmovieron todos los musulmanes de la vecindad.

¿Qué se iba á hacer? El marido aceptaba por necesidad la asistencia de un médico francés; mas por ninguna consideración hubiera permitido que se instalara á su mujer fuera de casa, siquiera fuese por pocos días. Entre los kábilas, la hora del alumbramiento tiene un ceremonial de tradición inexcusable, y si la parturienta no está en su casa rodeada de sus parientes para cumplir los ritos sagrados ¡ay del recién nacido! su destino sería malo ó pésimo. Mohammed tenía sobre este punto sus ideas y, como todos los de su raza, era intransigente.

El día siguiente al rayar el alba, hubo de extremar sus lamentos la bella parturienta, anunciando así que se precipitaba el desenlace. Avisadas sin demora las mujeres, entraron en el aposento, de donde estaban excluidos los hombres, y según el uso se pusieron á rezar. No se toleró que se suspendiera de los brazos á la parturienta en el momento crítico. Algunas africanas habían prevenido ya la cuerda, que había de pasar por una polea sujeta á una viga del techo, y se exasperaban de que se les impidiera proceder de la manera habitual entre ellas. Y cuanto más se las quería disuadir de su empeño, más y más se exasperaban.

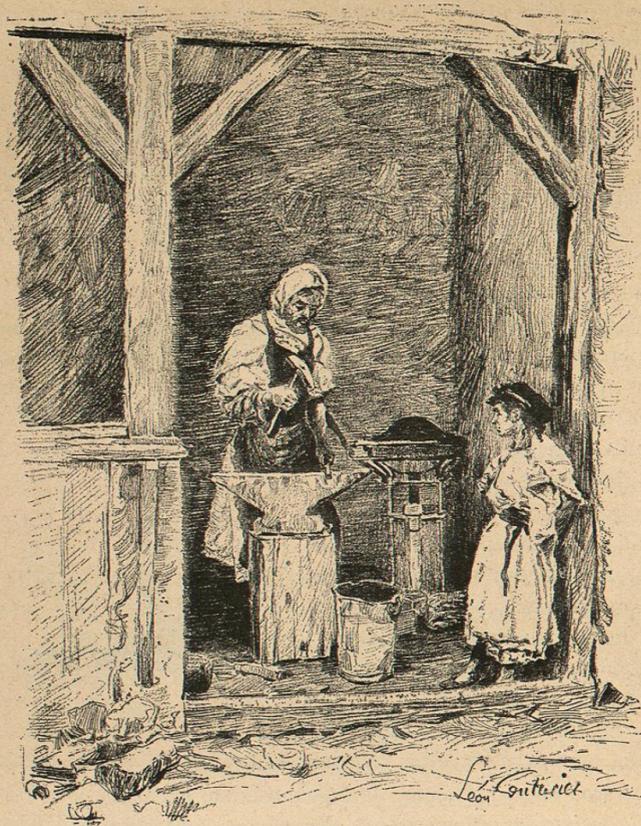
Por fortuna vino á cortar la porfía el hecho mismo saliendo de suyo á la luz el pequeño. Una vieja negra, que era la más testaruda en el empeño de colgar á la interesante joven, no podía dar crédito á sus ojos, y dando gracias al poderoso Alah, lanzaba ese grito prolongado y penetrante, como el silbido de una locomotora, que es el himno de alegría de tan sencillas gentes.

Los jóvenes acudieron luego á dar la norabuena á la madre. Pero Bachir no tenía derecho á ver al párvulo hasta pasados siete días: los usos sobre este punto son formales, y todavía nuestro hombre no está lejos de creer que no se han respetado bien los usos. Es probablemente el rasgo más curioso de la permanencia de la colonia kábila en la Exposición universal, y sin duda la primera vez que se registra en tales circunstancias semejante incidente.

Pero bastante hemos hablado de los kábilas. Volvamos ahora al campamento de los nómadas. ¿Queréis la exacta descripción de este reducido aduar? Abro un libro de Fromentin: *Un verano en el Sahel*, y encuentro en él la más viva y fiel pintura de estas instalaciones sahareñas cuyo tipo tengo á la vista:



Kábila



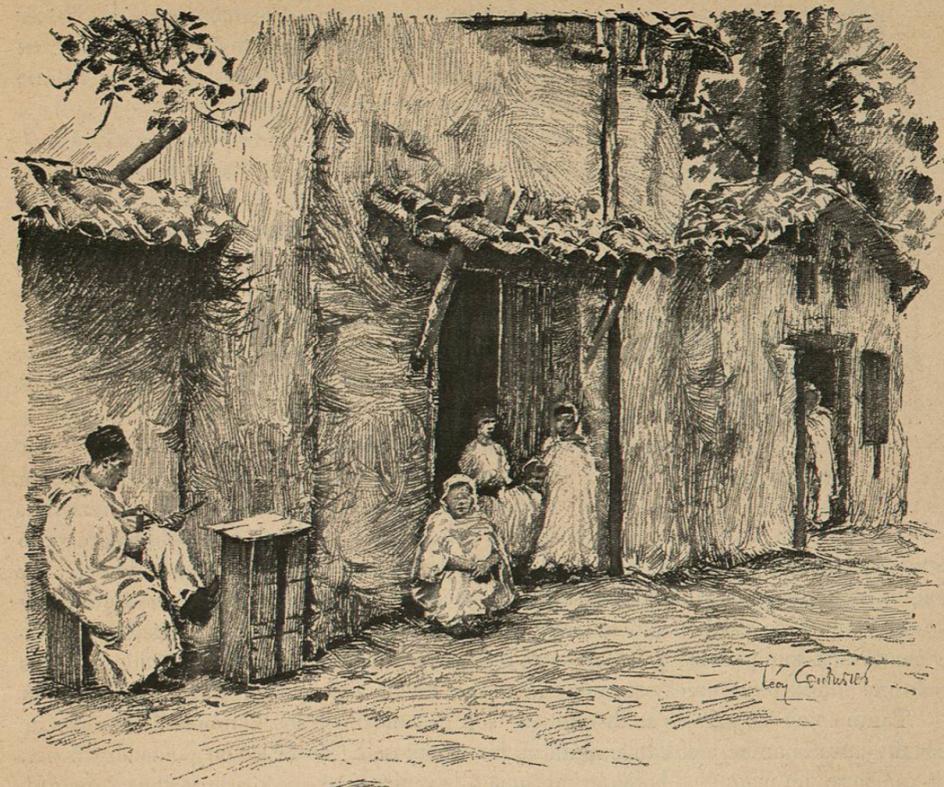
Herrero kábila

«Tiendas rojas rayadas de negro, dice este autor, sostenidas pintorescamente por una multitud de pértigas y retenidas en tierra por numerosas estacas y cuerdas. Dentro y mezclados en confusión los utensilios de cocina, el mueblaje doméstico, los arneses y armas de guerra del dueño de la tienda, las piedras para moler el grano, los pesados morteros para picar la pimienta, las escudillas de palo para amasar el alcuçuz, las vasijas para cocerlo, las gamellas de *alfa* ó esparto, los sacos de viaje, las albardas de los camellos, los telares y telas de lana, las amplias almohazas de hierro que sirven para cardar la lana ó pelo de camello... Y en medio de todo este desorden, objetos sucios ó cosas negruzcas, una ó dos arcas cuadradas de colores vivos, con cerraduras de cobre, guarnecidas de clavos dorados en los ángulos, cajitas que deben contener las joyas de las mujeres y lo más precioso de la hacienda del dueño... Por fuera un suelo trillado, despojado hasta de raíces, lleno de suciedades, cubierto de desechos, de cenizas ennegrecidas, de hornillas compuestas de tres piedras, de montones de ramas y brozas secas y los negros odres de pelo largo suspendidos de tres palos formando trípode... He aquí la casa móvil en que el nómada de Sahara pasa la mitad de su vida: el hombre que no hace nada, porque *trabajar* es una *vergüenza*; la mujer que todo lo conserva, que de todo se cuida, mientras vigila el perro, paciente, sobrio y desconfiado. La otra mitad de su vida la pasa de viaje.»

Hay verdaderamente todo este gatuperio ó confusión y desorden en las dos tiendas de la explanada, salvo que las ricas arcas y cajitas están aquí reemplazadas por otras más modestas, que las cercanías son menos áridas y que faltan los perros y camellos.

Por desgracia, uno solo de estos pabellones de lona está armado á la luz del sol, relegado como está el otro á la sombra de los olmos plantados en quince, lo que es un chocante contrasentido.

A la puerta de una y otra tienda están sentados corpulentos árabes, envueltos en



Casas de los kábilas

sendos albornoces, indolentes, desocupados, majestuosos, mientras sus mujeres trabajan. Un anuncio clavado en una pértiga contiene estas palabras, que parecen burlescas: *Aquí no entran los hombres*. Pero no forcemos la consigna. Las tiendas están habitadas por dos familias diferentes, ó sea por veinte personas. Cherif-ben-el-Hadj-Belkassen es el jefe del primer grupo y Mohammed-ben-el-Hadj-Otmar lo es del segundo. Los parisienses pueden visitar libremente á los beduinos: estos príncipes del desierto no manifiestan ninguna inquietud por ello, y con la pipa en la boca y la indolencia en todo el cuerpo, hacen subir á las nubes sus espirales de humo. Cambiamos algunas palabras con Belkassen que habla el francés á las mil maravillas, cuando de pronto tres ó cuatro chiquillos de los más avisados se deslizan entre nuestras piernas. Verdaderamente son graciosos estos rapazuelos del Sahara. ¿Quién hubiera esperado encontrar entre estos fieros africanos, pastores guerreros, ó guerreros pastores, seres tan delicados con mejillas tan rosadas y frescas y tan poco salvajes en sus movimientos? El encanto de la infancia es en todas partes el mismo.

Así, á algunos pasos de distancia vemos al sedentario argelino y al árabe de las grandes tiendas. El nómada es aristócrata y menosprecia al agricultor y al operario encadenados á las piedras de su morada; á él nadie ni nada lo puede retener en un punto determinado. En dos tirones arranca las estacas de su tienda, arrolla las lonas y las carga á